



NUESTRA SEÑORA DE CAA-CUPÉ

CAPITULO XII

Nuestra Señora de Caacupé en el Paraguay

SUMARIO.—I. El Paraguay. II. La imagen de Caacupé.—III. Su origen. IV. El santuario.

EL PARAGUAY

Después del Uruguay, el Paraguay es la República más pequeña de la América del Sur, pues según el gran *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, sólo mide treinta mil kilómetros cuadrados de superficie, y su población no llega á medio millón de habitantes. Á pesar de tener un clima ardiente, es hermosa en la parte central por la feracidad de su suelo y por su caudaloso río navegable. Es famosa y renombrada por el valor de sus hijos. En cinco años de titánica guerra contra las naciones aliadas, el Brasil, la Argentina y el Uruguay, los paraguayos dieron al mundo ejemplos de heroísmo dignos de los tiempos de Esparta, y se los vió caer aplastados por el número, pero sin que se rindieran jamás.

Para calcular la grandeza de esa guerra, que duró desde 1865 á 1870, baste decir que perecieron las tres cuartas partes de la población nacional, quedaron más de cien mil mujeres huérfanas ó viudas, los campos

asolados, en ruinas los edificios y quemados los archivos eclesiásticos; los documentos parroquiales suministraron el papel necesario para los cartuchos de los fusiles. Con justicia cantó un poeta:

¡Hurra espartano pueblo! De gloria te has cubierto!
Y el orbe tus hazañas frenético aclamó:
Y si vencido fuiste en gigantesca lidia,
Tan sólo tus despojos el invasor logró (1).

Ya desde los tiempos de la conquista y época colonial se hizo célebre el Paraguay, por haber logrado los Padres de la Compañía de Jesús formar un pueblo tan próspero y feliz, que dejaba eclipsada la república modelo que soñó Platón. El cristianismo hizo dichosos á aquellos indígenas, y hubieran prosperado indeciblemente, si la envidia y ambición de torpes cortesanos no hubieran derribado la obra secular con tantas fatigas realizada. No pueden leerse sin lágrimas en los ojos las bellísimas páginas del libro en que el Padre Charlevoix describe las costumbres de los indígenas, su forma de gobierno, la caridad que ejercían con los pobres y los extranjeros, las fiestas que celebraban durante el año, sobre todo la procesión del Santísimo Sacramento en el día de Corpus.

En la misma historia se refieren los adelantos que hicieron los indios guaraníes en las artes, sobre todo en la arquitectura y en los tejidos.

De las misiones de los Jesuitas era la primera imprenta que se estableció en Buenos Aires. «Hacia fines del siglo pasado, dice José Manuel Estrada (2), de los

(1) Antonio D. Lussich.

(2) *Curso de Derecho Constitucional*—Artículo, libertad de imprenta.

restos de las antiguas misiones de los Jesuitas del Paraguay, esquilmas por administradores rapaces, fué conducido á Córdoba cierto desperdicio de sus extinguidos establecimientos industriales, que las autoridades españolas de estas regiones desdeñaban, y que un gobernante, nacido en el continente americano y puesto al servicio de las provincias del Río de la Plata, hizo conducir á la capital.... Era una imprenta. Esta imprenta fué establecida en Buenos Aires, como propiedad del asilo de expósitos, y en ella se publicó el primer periódico, que se llamó *El Telégrafo Mercantil*; estuvo á cargo del coronel Cabello, saliendo su primer número en Abril de 1801».

La Santísima Virgen no podía dejar de mostrarse benigna con un pueblo tan heroico, y le regaló una imagen suya, que fuera prenda de sus ternuras y bondades. Efectivamente le ha dado una efigie de Nuestra Señora de los milagros, pero más vulgarmente conocida con el nombre de *Nuestra Señora de Caacupé*, del lugar donde radica su santuario.

II

LA IMAGEN DE CAACUPÉ

Caacupé es un pequeño pueblo que debe su existencia á la celestial Señora, por haberse dignado colocar allí su trono de misericordia.

El viajero que desea visitarlo, ha de salir de la Asunción, capital de la República; y así logrará conocer esta pintoresca ciudad, situada en las vertientes de las alturas que dominan el río Paraguay, cerca de la desembocadura del Pilcomayo, al este. Fué fundada por Juan de Ayala el 15 de Agosto de 1536, día en que obtuvo

entera y célebre victoria contra los caciques Lambaré y Nandú Guazú Rubichá. Cuenta unos 45.000 habitantes. Los más notables edificios son los templos Catedral, San Roque y Encarnación, el cabildo, la casa de gobierno, el hospital, la estación del ferrocarril, el mercado central, el palacio de López, el oratorio de la Asunción y el teatro. Á las orillas del río hay ancho muelle y un tinglado para depósito de mercaderías.

El peregrino de Caacupé toma, pues, el único tren que existe en la República, pero que tiene la gloria de haber sido uno de los primeros que se trazaron en la América meridional (1). Dicho ferrocarril sale de la Asunción y termina en Paraguari, pasando por los pueblos de Trinidad, Luque, Aregua, Itanguá y Tacuazol. El camino es pintoresco y revela la exuberante vegetación del país. Se atraviesa el hermoso y dilatado valle de Pirayú, y se divisa el magnífico lago Iparacaí, que se extiende en un espacio de seis leguas de largo por una de ancho próximamente. Se deja el ferrocarril, y hay que trepar una montaña que presenta los paisajes más apacibles y variados. Desde la cima se divisa el pueblo de Caacupé, situado á legua y media de distancia; y en el centro de una plaza de ciento sesenta y siete metros de largo por ciento veinte y cinco de ancho, se levanta el célebre santuario que encierra la milagrosa imagen, visitada cada año por millares de peregrinos.

El ilustrado historiador de la Virgen de Caacupé, á quien seguimos fielmente en esta reseña, describe la imagen de este modo: «es pequeña, su altura mide como unas tres cuartas de vara, sobre todo después que se les hubo antojado á sus mayordomos alargar el armaje del

(1) El primer ferrocarril hecho en la América del Sur es el que corre entre el puerto de Caldera y la ciudad de Capiapó en Chile. Su extensión es de 90 kilómetros, y comenzó á funcionar en Julio de 1852.

busto, sin consultar la estética, pero si únicamente el deseo de tener más ancho campo para adornarla con mayor profusión. Sus facciones, así como sus manos, que lleva juntas ante el pecho, están delicadamente esculpidas, pero son muy pequeñas con relación al cuerpo que posteriormente se le dió. Está dedicada á la Inmaculada Concepción, y por lo mismo viste túnica blanca y manto celeste, siendo costumbre matizar sus vestidos con alhajas, perlas y toda clase de preciosas piedras. Sus sienes están ceñidas de corona imperial de oro finísimo que deja escapar una rubia cabellera elegantemente rizada que se esparce por sus hombros. Descansa toda ella sobre un globo celeste, á cuya base está una media luna mayor que el diámetro del globo. La punta derecha del manto está graciosamente levantada hasta la cintura y permite ver una faja blanca bordada en realce de oro que ciñe su talle».

III

SU ORIGEN

Una tradición, que corre de boca en boca entre los habitantes de Caacupé y que se trasmite cual preciosa herencia de padres á hijos, refiere de esta suerte el origen de la santa imagen.

Antes del año 1603, un indio convertido y escultor de profesión, perteneciente á la doctrina que los Religiosos Franciscanos tenían en el lugar que hoy ocupa el pueblo de Tobati, se había internado solo en los montes buscando algún cemento con que hacer unas estatuas, cuando de repente se vió asaltado por los Mbayaes. No sabiendo qué partido tomar, intentó huir por de pronto; pero viéndose á punto de caer en manos de los salvajes, acordóse de María Santísima,

escondiéndose entonces detrás de un árbol que tenía delante, prometiendo á la Reina de cielos y tierra, que le había de hacer con aquel mismo tronco una imagen, si se dignaba librarle de tan terrible lance. No bien el indio había formulado su promesa, cuando los Mbayaes se precipitaron en dirección al árbol, pasando á todo disparo junto á él sin hacerle absolutamente ningún caso, cual si se hubiese vuelto invisible á sus ojos. Por lo que, tan pronto como se desvaneció el peligro, hincóse el indio de rodillas para agradecer á María su benéfica intercesión y renovarle su promesa. Poco después labró la imagen bajo el título de la Inmaculada Concepción, que era el favorito de los hijos de San Francisco y que propagaban en sus misiones, como bien lo prueba el rezo del *Bendito* universalmente usado en toda la América latina. Esta imagen parece que fué tallada para el culto privado; pero la Providencia, que la destinaba para consuelo de los afligidos y para que enjugase muchas lágrimas y socorriera á los necesitados, trazó el plan por donde viniese á recibir pública veneración.

En el año 1603 el lago Tapaicuá, que era un simple ojo de agua que formaba un riachuelo insignificante, desbordó inundando el valle de Pirayú. Entonces el apostólico varón, Beato Luis de Bolaños, ornamento de la orden seráfica y digno compañero de San Francisco Solano, que ya había hecho manar una fuente milagrosa con sólo golpear con su crucifijo las duras peñas, se presentó en el lugar de la catástrofe, y en presencia de la muchedumbre consternada, manda á las aguas que se serenén, como lo había hecho Jesús con el mar embravecido. Y la calma viene y el valle recobra su antiguo esplendor. Desde entonces se cambió el nombre del lago, llamándole Ipacarai, que en guaraní quiere decir *Laguna conjurada*.

Mientras el celoso misionero daba gracias al cielo pegando su frente en el polvo, el pueblo se deslizaba poco á poco hasta las márgenes del lago, cuando notaron que cierto objeto flotante era impelido por suave brisa hacia la playa. Llenos de emoción, se acercan á reconocer lo único que se ha salvado del naufragio. Uno de ellos se arroja al agua, coge la prenda y viene fuera del agua con ella.—¿Qué es?—le preguntan á porfia. Era una maletita de cuero, de forma cilíndrica con tapa de la misma materia. La abren, y ¡oh sorpresa! encuentran una imagen en escultura de madera. Era la representación de María Inmaculada. El pueblo prorrumpen en un grito unísono, entusiasta, cuyos ecos repiten los flancos de la montaña: *¡Ésta es una imagen milagrosa!* Y los ángeles repetirían sin duda el nombre con que todas las generaciones la habían de saludar: *Virgen de los Milagros*.

Como cada cual creía tener derecho á la imagen, el Beato Bolaños la asignó á un carpintero llamado José, que era el que se había echado á nado al agua para sacar el objeto misterioso. Enseguida habló á los demás de este modo: «los apóstoles no se dieron por ofendidos cuando Jesús entregó su bendita Madre al discípulo amado; ni María, con irse únicamente á casa de Juan, dejó de ser Madre de todos ellos. Así también, rodeadla vosotros todos en casa de José que se os ha adelantado en demostrar su predilección, sin duda por un impulso interior de la misma Virgen hacia su imagen milagrosa. La paz sea con vosotros».

Una suposición verosímil hace creer que el escultor y dueño de la santa imagen se vió sorprendido por la inundación y que sería arrollado por las olas avasalladoras, pasando á contemplar en el cielo la real presencia de Aquélla cuya efigie quedaba en el mar proceloso de este mundo para ser el arca de salvación de tantos

miseros mortales. Se robustece esta suposición atendiendo que los primeros fieles americanos acostumbraban llevar consigo en sus viajes alguna imagen piadosa cual precioso talismán contra todos los peligros, y, sobre todo, por el hecho de no haber sido reclamada la imagen por su antiguo dueño.

José llevó á su casa el precioso tesoro, ignorándose el tiempo que allí permaneció la Señora, sin manifestar de un modo sensible su poder soberano. El P. doctrinero quiso reunir á sus indios neófitos; y para eso encargó á José que cortase las maderas del bosque y trazara una acera de casas. El buen carpintero cumplió su cometido, cuidando de construir una casita aparte, y en ella colocó la imagen milagrosa. He aquí el primer santuario de Caacupé, instalado á la sombra de los cedros seculares y de los verdes laureles de la selva paraguaya. Todos se inclinan ante aquel hechizo celestial y le entregan sus corazones. Los ángeles se inclinarían desde la azulada bóveda de los cielos para pronunciar la gloria y la futura grandeza de Caacupé con estas palabras de Isaías: «la tierra desierta y sin camino se llenará de alegría, saltará de contento la soledad, y florecerá como el lirio. Brotará copiosamente hermosas y fragantes flores, suaves y sazonados frutos, porque le ha sido dada la gloria del Libano, la hermosura del Carmelo, y del Sarón.... Aquí serán abiertos los ojos de los ciegos y desembarazados los oídos de los sordos. Aquí el cojo saltará como el ciervo y la lengua de los mudos será suelta; porque serán cavadas las aguas en el desierto y torrentes en la soledad» (1).

Después de haber erigido el venturoso José el oratorio provisional á su dulce Madre, sintió que se llegaba el fin de su peregrinación en la tierra. Debía ir á con-

(1) Isai. XXXV, 1-6.

templar el original del cuadro que con tanto cariño había reverenciado. Cayó gravemente enfermo, y cogiendo en sus manos trémulas la santa imagen, empezó á repetirle lleno de emoción la Salve en su idioma guaraní: *Tâpâ tanderâdrô, Mburubichá poriahú verecô sy nde tecobé, he engatú abé nderecô....* Y espiró en paz. Así mueren todos los hijos fieles de María. «La bienaventurada Virgen, dice San Vicente Ferrer, recibe las almas de los moribundos en el acto de la muerte».

No tardaron en seguirle su esposa y el único hijo que tenía, los cuales recomendaron encarecidamente que no se moviese la imagen de Caacupé. Mas esta disposición no fué respetada. Un pariente próximo de ellos, que recibió como en depósito el sagrado tesoro, sea porque no tuviese allí terrenos, ó porque sus negocios reclamasen su presencia en otra parte, condujo la santa imagen á Tobatí.

Aguijoneado quizás por los remordimientos de conciencia de no haber cumplido las disposiciones de sus deudos, en 1750 vino á ofrecerla á una familia opulenta de Caacupé á condición de que se le edificase un oratorio decente. Los miembros de la distinguida familia, por motivos que se ignoran, no admitieron la oferta. Mas la virtuosa matrona, Doña Juana Curtido de Gracia, cedió gratuitamente cuatrocientas varas cuadradas de terreno. Allí después de varias peripecias se erigió en 1765 el santuario que actualmente existe. Por modo providencial la Virgen Santísima dió á conocer que en aquellas soledades quería se levantase su santuario, el lugar privilegiado del Paraguay, teatro de sus admirables portentos.

Desde entonces apareció la fundación oficial del pueblo de Caacupé, á pesar de que no tuvo autoridades propias hasta 1844. El Sr. Obispo erigió el templo en parroquia.

IV

EL SANTUARIO

El santuario es bastante modesto, á pesar de que son dignos de toda alabanza los fieles que contribuyeron espléndidamente á sufragar los gastos de la construcción en un paraje tan apartado. Á consecuencia de haber caído un rayo en una noche de tempestad, que causó desperfectos en el templo sin dañar á la Virgen, se concibió el proyecto de ampliar las dimensiones de éste y darle mayor esplendor. La guerra de cinco años, ese vendaval que azotó al Paraguay tan cruelmente, impidió que se realizara pronto una reforma más artística. Ella hizo perder el inmenso tesoro de Caacupé, que la piedad de los fieles había amontonado á los pies de María. El mariscal Francisco Solano López despojó el santuario con el pretexto de poner sus alhajas en lugar más seguro; pero cayó todo en manos de los enemigos.

En 1883 se realizó la última restauración del santuario, y á consecuencia de ella, tiene actualmente 57 metros de largo por 19 de ancho, incluso un corredor que le circunda, según es costumbre en el Paraguay á causa del calor. La fachada no obedece á ningún estilo determinado; reproduce cierta forma peculiar que domina en la generalidad de las iglesias construidas en Sud-América durante el período colonial. La altura de ésta es como de 15 metros por un ancho como de 19. Su aspecto general es poco elegante. Al extremo izquierdo de la fachada se levanta la torre. Tendrá sobre 20 metros de alto por 4 de ancho. Su planta es enteramente cuadrada, y la adorna una media naranja que termina con la tradicional cruz acompañada de su veleta.

En el interior se han hecho reformas de importancia por los celosos curas que han estado al frente de la parroquia en los últimos años. El pavimento es de baldosas de portland; las paredes están adornadas con delicadas pinturas, que en una serie de bien combinados medallones, presentan el monograma de María admirablemente enlazado. El retablo del altar mayor está acabadamente pintado y dorado, y llama la atención el nicho donde está colocada la imagen milagrosa. El templo se encuentra bien provisto de ornamentos y vasos sagrados, de candelabros y floreros para el adorno de las grandes festividades.

Á decir verdad, el santuario actual no corresponde al precioso tesoro que encierra ni á la cultura de la importante diócesis de la Asunción del Paraguay. Por esto voces autorizadas se alzan invocando los sentimientos patrióticos y religiosos de los paraguayos para levantar un santuario que sea monumento de arquitectura y de devoción. Ojalá sea pronto una realidad tan bello pensamiento, y que la Virgen de Caacupé sea cada vez más amada por los millares de peregrinos que la visitan cada año, especialmente en el mes de Diciembre, y que refieran enternecidos los favores obtenidos de su Madre y Señora.

Como remate de esta sucinta reseña, al par que como muestra de la ternura que los paraguayos profesan á su Santísima Madre, ponemos aquí los versos que le dedicó uno de los peregrinos.

PLEGARIA

Virgen mía, desde lejos,
Por el amor que te tengo,
Lleno de júbilo vengo
Para postrarme á tus pies.
Ya satisface mi anhelo;

Y ante tus divinos ojos,
Humilde y puesto de hinojos
Adorándote me ves.
El brillo de tus virtudes,
Y el resplandor de tu fama
Encendieron santa llama
En mi tierno corazón.
Escúchame, pues te ruego;
Protégeme, pues te invoco;
¡Oh Virgen! brillante foco
De bondad y perfección.
Te pido que me coloques
Bajo tu divino amparo,
Y seas el santo faro
Que guíe mi juventud.
Alúmbrame con tus luces
En las sombras del destino;
Guíame por el camino
Que conduce á la virtud.
Sé que otorgas tus mercedes,
Á quien con fervor te implora;
Sé que colmas al que llora
Contristado pecador.
Otórgame, pues, ¡oh Virgen!
De los que triunfan la palma,
Que ha de llevar en mi alma
Eternamente tu amor. Amén.

Autoridades.—Debo manifestar mi profunda gratitud al Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Sinforiano Bogarín, Obispo del Paraguay, por haberme remitido preciosos datos acerca de esta milagrosa imagen contenidos en un interesante libro titulado *La Virgen de los milagros de Caacupé, su origen, su santuario y su pueblo*, por un Misionero diocesano, publicado en la ciudad de la Asunción el año 1898.